
¿Cuál es la diferencia?*

Raúl Quesada

Para Leonor

Hace unos meses me encontraba yo en una situación similar a ésta y en un mismo aprieto. La ocasión era similar porque se trataba de presentar un libro de un psicoanalista y el aprieto es el mismo porque de entonces a acá mi ignorancia sigue guardando una admirable estabilidad.

En esa ocasión decidí curarme en salud y empecé preguntándome públicamente de quién habría sido la idea de invitarme. Nadie asumió la culpa y yo me sentí disculpado.

Ahora en cambio, sí sé quien me invitó y no me queda otra más que tratar de explicarles porque acepté. Claro está que la mía no puede ser una docta explicación lacaniana acerca de las relaciones entre el Fallo, el micrófono y la palabra, ni haré referencia a mi deseo y el deseo del Otro o la otra. Se trata más llana y simplemente de la tentación: la tentación de asomarme a un discurso que pone en cuestión el fundamento del lenguaje mismo y que hace crecer la tradicional pequeña diferencia hasta unas dimensiones metafísicas que ni el más enardecido cuento de *Las mil y una noches* podría concebir.

Por otro lado, tengo que confesarlo, estaba el lugar y el público. Todo un gineceo reunido bajo la escasa sombra de unos nopales de hoja de lata en un espacio que Jesusa y compañía han descrito, más que llamado "El Hábito". Se le despierta a uno la imaginación de un Omar Khayyám del D.F.

Marcela toca la guitarra, Liliana, en un brevísimo vestido negro, canta "También los jóvenes envejecen", Francis abandona su vocación

*Leído en la presentación del libro *La bella (in)diferencia* en El Hábito, el 19 de junio de 1991.

de actriz y cantante, se entrega de lleno a la esclavitud y se dedica, ya bajo la protección de la ley, a servir tequilas. El libro en la mano de nuestro imaginado soñador es obviamente *La bella in-diferencia* de Frida y Marta, el paisaje es difuso pero en él se distinguen un montón de feministas y psicoanalistas esperando oír la verdad de su deseo. Jesusa las ve a los ojos y les pregunta con la mirada si de veras quieren saberlo.

El resto de esta fantasía ustedes se lo podrán imaginar. Yo, por mi parte, tuve que interrumpirla para ponerme a pensar en la diferencia, bella, in, muy in, diferencia y totalmente permeada de sexualidad. El primer problema que se me presentó fue el de cómo pensarla; en una primera instancia supuse que si alguien considera que la diferencia sexual es verdaderamente fundamental y no accidental, entonces este alguien tendría que aceptar que su hablar de esa diferencia estaría marcado por su sexualidad o, si se quiere, por su pertenencia a un género. La dificultad, entendiéndose bien, no es la problemática existencia de una voz o una escritura femeninas, sino la convivencia, en la misma cabeza, de dos ideas que no parecen llevarse bien. La primera de estas ideas tiene que ver con lo esencial de la diferencia sexual, la segunda con la posibilidad de situarse más allá de esta diferencia.

A mí ya me había parecido un tanto sorprendente lo poco que se toma en consideración a la sexualidad en la filosofía occidental pero ahora se me hizo patente que esta ignorancia de la sexualidad tiene que ver con la muy científica neutralidad del pensamiento. La sexualidad no es entonces fundamental porque sólo tiene que ver con el cuerpo —con la *res extensa* cartesiana— y no con la *res cogitans*. Copulare y cogitare—*ut puto* serían dos actividades perfectamente independientes.

La posibilidad misma de hacer abstracción de la sexualidad se convierte en la posibilidad de ignorarla.

Sin embargo, lo pertinente de esta situación para lo que aquí nos interesa, son aquellos casos en los que lejos de ser ignorada, la sexualidad aparece jugando un papel central, pero este papel se le otorga desde un lugar que se intenta purificar de imaginarios sexuales. Esta exigencia de neutralidad —como bien señala Frida— no es ajena a la práctica psicoanalítica: el psicoanalista, se ha dicho, tiene que jugar el papel de muerto. A veces, este esfuerzo de neutralidad se traduce en una bien pagada siesta, pero eso es otro asunto. El problema teórico es que en ambos casos —el del discurso sobre la diferencia de los sexos y el de la

práctica psicoanalítica— se plantea una exigencia de neutralidad, de un estar más allá del problema en cuestión.

Así Frida, después de “aventurar que el malestar que genera la diferencia sexual tiene mucho que ver con la producción misma de la cultura”, nos dice, refiriéndose a la diferencia de sexos: “Por otra parte se trata de un tema casi imposible de abordar sin que despierte las más apasionadas polémicas. Al mismo tiempo es un tema ineludible. Situación paradójica de imposibilidad e ineludibilidad que plantea una exigencia ya familiar a los conocedores y practicantes del psicoanálisis: así como en el encuentro analítico la puesta entre paréntesis, la suspensión del yo del analista, es condición del análisis, también aquí, para abordar el tema de la diferencia de los sexos debemos dejar en suspenso el imaginario en el que cada quien se alinea de uno u otro lado de la diferencia, esto es, como hombres o mujeres. Para ser *neuter*, ni lo uno ni lo otro, neutros”. (p.12)

¿Estaremos aquí acercándonos al Imaginario del psicoanálisis? Quién sabe. Lo que sí es claro es que ésta, que Frida describe como una “situación paradójica de imposibilidad e ineludibilidad” permea toda *La bella (in)diferencia*. Por momentos la imposibilidad se hace más presente y casi invita a la renuncia, como cuando la Alicia de Elena y Graciela declara: “Mujeres hay muchas y muy distintas. Yo no sé si se puede decir que tienen algo en común más allá del hecho de ser nombradas como mujeres”.

“Ay, mamá, cuanto rollo. Como ves sigo siendo una niña difícil, sigo con mis preguntas, sigo buscando. Juan se pone muy impaciente cuando yo empiezo con estas cosas, dice que le meto demasiada cabeza, que la vida es más sencilla, que simplemente hay que vivirla. Pero, no sé, mamá, a veces se me hace tan difícil. . . no sé si he perdido las certezas, la fe en una verdad única o porque así es la vida”. (p. 41)

Sin embargo, la actitud que prevalece en el libro es la de seguir buscando, no obstante la impaciencia de los Juanes de este mundo. Tanto colaboradores como colaboradoras insisten y persisten en el esfuerzo de meter sus muy brillantes cabezas en este rollo, y embrollo también, que es la diferencia sexual.

A estas alturas creo que lo propio sería empezar a examinar cada uno de los artículos con el detenimiento que indudablemente merecen, pero para esto tendríamos que pedirles a Jesusa y Liliana que convirtieran al Hábito en Seminario y no creo que a nadie se le ocurra semejante herejía. Por esta razón lo que voy a tratar de hacer es considerar

al libro en su conjunto y a enfatizar la dificultad, por todos señalada, de hablar del tema. ¿Por qué esta dificultad raya con la imposibilidad? ¿Por qué se recurre tan frecuentemente a un lenguaje teológico negativo?

Estas son preguntas que la lectura del libro suscita con cierta regularidad y la razón, me parece, tiene que ver, por un lado, con la naturaleza de la pregunta y, por otro, con el tipo de respuesta que se espera. La pregunta “¿Cuál es la diferencia?” es lo que Paul de Man ha llamado una pregunta retórica, una pregunta que no sabemos si realmente pregunta o si afirma lo contrario de lo que pregunta, esto es, que no hay diferencia. Podemos imaginar, por ejemplo, un contexto laboral donde se presente la disyuntiva hombre/mujer y a una feminista preguntando en forma de reclamo ¿cuál es la diferencia? En esta situación claramente la pregunta no espera una respuesta sino que afirma que no hay diferencia. Este es el caso del feminismo en su vertiente de reivindicación social; las mujeres han sido oprimidas en razón de una diferencia que de hecho no existe. El significado de la pregunta es claramente un significado figurado.

Por otro lado, cuando la pregunta toma un cariz filosófico, cuando la pregunta “¿cuál es la diferencia?” la hace Nietzsche o Derrida, entonces, nos señala de Man, “no podemos decidir a partir de su gramática ni siquiera si él [Nietzsche o Derrida] ‘realmente’ desea saber ‘qué’ es la diferencia o si sólo está tratando de decirnos que ni siquiera deberíamos tratar de descubrirlo”.

Por otro lado está el problema del tipo de respuesta que se espera. En *La bella (in)diferencia* se pueden distinguir dos tipos de expectativa, una de orden lógico/matemático/estructural y otra de orden cultural. La primera se inclina a respuestas estructuralistas, lacónicas y lacanianas, y la segunda a descripciones histórico-culturales. Sin embargo, en todos los artículos se puede detectar cierto elemento de insatisfacción con ambos tipos de respuesta. El afán lógico-matemático de Lacan no les parece que acabe de regimentar el desordenado mundo de la sexualidad, como tampoco lo ha podido hacer el intento culturalista de describir —como una gramática— las distintas formas de decir la diferencia sexual a través de la Historia.

¿Qué pasa entonces? Yo me atrevería a sugerir dos vertientes que, al menos por poco exploradas, nos podrían distraer de caminos tan bien recorridos.

La primera es la vía retórica. La pregunta por la diferencia sexual se ha planteado básicamente en los términos de su transparencia lógico-gramatical, pero poco se han explorado sus trasfondos retóricos: ¿desde dónde se hace, cómo se hace, quién la hace?, ¿qué clase de acto de habla constituye?, etc.

La segunda vertiente tiene que ver con la primera en la medida en que acerca el “tema” de la pregunta, la sexualidad, con lo que se dice de ella. “Porque, ya se sabe, —nos recuerda Frida— si hay algo que es específico de la sexualidad humana —no sólo de la femenina— es este carácter polimórfico, plural, y fundamentalmente perverso, que encuentra siempre el camino para su satisfacción y que burla y hace vana toda tentativa de prohibición o regulación normativa”. (p. 27) ¿No creen ustedes que hemos seguido un poco demasiado el modelo normativo de una ciencia que somete a un orden el caos? ¿No creen que tal vez fuera el momento de darle a la teoría un poco de sabor perverso, polimórfico y plural?

Tal vez sea el momento de que la desprestigiada retórica asome su sofisticada cabeza para indicarnos con sorna que muchos afanes feministas se resumen en inversiones chiasmicas y que las formas de la metonimia son tantas como las formas que el deseo quiera tomar

La Lógica y la Gramática, hijas bien portadas, se identifican naturalmente con la Ley, con el Nombre del Padre, con el no-hombre del padre, esto es, con su pretendida neutralidad científica. La retórica, en cambio, puso y pone en cuestión La Verdad y por ello fue expulsada de la reflexión seria, la reflexión que busca encontrar un orden que se supone subyace al desorden, la reflexión para la cual ignorar algo es siempre estar en falta.

Si hasta ahora la Retórica ha quedado reservada a la Literatura es porque la riqueza de ésta última no se deja someter fácilmente a ninguna lógica ni a ninguna gramática. Y la sexualidad no es ajena a la literatura, ambas son perversas natas e ignoran la castración a la menor provocación, ambas son frecuentemente fetichistas —eclipsan la falta— y abogan cada vez que pueden por la forma favorita de su fetiche, ambas, en otras palabras, se resisten al análisis. La Retórica, por otro lado, es también de naturaleza perversa en la medida en que cuestiona la naturalidad o necesidad de una explicación que omita el cuerpo de la palabra y la potencial riqueza de la ignorancia de ese cuerpo.

La ignorancia del cuerpo genera un movimiento pendular que va del deseo literario de convertir a la carne en verbo, al deseo sexual de convertir al verbo en carne. Entre estos dos deseos —analizados por teóricos literarios y psicoanalistas— está el deseo sofisticado de convertir a la carne en carne, de asumir su radical extrañeza y convertirla en el otro de la racionalidad.

¿Qué es la razón —preguntaba Valery— sino la posibilidad de ignorar las posibilidades del cuerpo?

Si la literatura transforma la carne en verbo al sublimizarla y si la sexualidad verbaliza la carne al ajustarla a los parámetros imaginarios y simbólicos que nos conforman, pero la razón que ha intentado dar cuenta de estos dos movimientos nos parece insuficiente, entonces, tal vez fuera el momento de intentar conocer alguna de las posibilidades del cuerpo de las palabras.

Esto es tanto como poner entre paréntesis los bien trazados ámbitos de la Lógica y la Gramática para entrar en los vericuetos de la tropología y las figuras retóricas, es poner entre paréntesis la perspectiva clásica para entrar en la Anamorfosis, es, en otras palabras, poner entre paréntesis La Verdad. Pero si ya Nietzsche identificó a la Verdad con La Mujer, y Lacan tachó la mayúscula de la última, ¿por qué no empezar a buscar verdades menores y mujeres mayores sin importar su edad?